

ya toretes, se vendan, se hará el dinero que produzca esa venta, en cinco partes iguales, una para cada uno de los que cuidaron el ganado vendido, otra para mí. Tomo esa cantidad por la misma razón que tomo la del café, es decir, porque os entrego las cabezas de ganado ya en estado de producción. Los mismos que cuiden esos animales deben ser también los que se entiendan con la industria lechera: esto es, ordeñar y cuajar para hacer el queso. Eso, en esta finca, produce mucho. Pues bien; ya medio seco, ese producto se vende en los mercados de la capital, el dinero realizado es de los que tuvieron á su cargo la confección, ó sea el cuidado de trabajar el queso, y será una parte igual á la correspondiente á cada uno, la que me daréis. Con el producto de la caña, que también os entrego los cañales en estado de producción, se hará el mismo reparto. La industria azucarera, en la hacienda no la hay. Eso pide una maquinaria de gran costo y muchos brazos empleados en ella. Pero tenemos buen trapiche, que funciona por fuerza hidráulica y no necesita muchos hombres para convertir la caña en panela, ó **tapas** de dulce. Si media docena de hombres quieren dedicarse á ese trabajo, cortan entre todos la caña y la van apilando en las inmediaciones del trapiche: tenéis yuntas y carretas á vuestra disposición, en seguida arregláis buena porción de leña, y ya provistos de los únicos dos artículos que ese trabajo pide, haréis funcionar la máquina que en pocos días os hará dueños de millares de **tapas** de dulce que, después, se repartirán religiosamente entre vosotros y yo, siguiendo el mismo método, ó modo de repartir que ya os tengo explicado y os repito ahora: para mí una parte igual á la que corresponda á cada uno de vosotros. Cuanto al ganado caballar y mular, no necesita cuidado y por lo mismo no será vuestro en propiedad, pero sí podréis hacer uso de él cual tengáis que hacer algún viaje: en tal caso sois libres para montar cualquier bestia, pero no podréis venderla ó cambiarla por otra. Es preciso que entendaís bien este modo de trabajo. Sois dueños de los terrenos de esta finca; podéis sembrar en ellos cuanto os acomode, pero no podéis vender ni un palmo del suelo. Os repito que la tierra es del mismo que la trabaje, y de nadie más. El día que cualquiera de vosotros deje de sembrar, sembrarán otros, con la misma libertad que antes lo hicisteis vosotros. Ahora bien; como este modo de gobierno exige que haya paz entre los asociados en un mismo trabajo, se necesita una cabeza que vea y atienda si los hombres cumplen bien lo dispuesto. Esa cabeza seré yo. Pongo un ejemplo: si unos cuantos quieren sembrar en el terre-

no llamado la Rosa, y otros cuantos desean ser ellos los que trabajen en aquel mismo lugar, para que no haya disputa, vienen los pretendientes á consultarme; y yo, que deseo mucho la paz para todos, echo suertes á ver á cual le toca; naturalmente que han de conformarse cuando es la suerte quien falla. Igual cosa se hará siempre que el terreno sea disputado para el uso de siembras, ya sea la Rosa, la Adelfa, ó los Alamos, etc., etc. Tenéis completa libertad para criar ganado de cerda: vuestras mujeres pueden cuidarse de las marranas ó puerkas, que antes del año rendirán cada una su cosecha de gorrinos: convertidos en lechones tendrán fácil expendio ó venta en los mercados. Si sabéis ser económicos, es decir, no gastar mucho, os respondo que nunca volveréis á ver la miseria; por el contrario, con el tiempo, seréis dueños de un modesto capital.

—Pero entonces Ud., señor, ¿se va á quedar pobre?

—No tal; tengo otra cosa con que vivir, pero si no tuviese otros recursos, me conformaría con las cantidades que me correspondan en vuestros dividendos ó repartos. Soy cristiano y quiero practicar la doctrina de Cristo.

—Pero en esta tierra hay muchos cristianos, y, que yo sepa, ninguno hace eso que hace usted.

—No lo hacen porque llevan el nombre y no cumplen la ley de Cristo.

—Y por qué será?—añadió el mentado Lucas.

—Porque son cristianos nominales, de nombre; por fuera parecen una cosa, y son otra por dentro.

—¡Malo es eso!

—Tan malo que de no cumplir el mandato de Cristo, provienen todas las miserias de los pobres.

—¿Y cómo se llama, señor, ese modo de gobernar que hace tanto bien á los hombres?

—Se llama, amigos míos, el Socialismo.

—¿Y quién inventó esas costumbres, que parece que los pobres y los ricos son hermanos?

—El mismo Jesu-Cristo—ya os lo dije.

—¿Nunca cumplieron los hombres con esa ley?

El bueno de Lucas, tendía á la instrucción.

—Sí, la cumplieron por dos ó tres siglos, repuso Alberto, pero después la dejaron porque querían hacerse ricos. En estos tiempos, allá por Europa, hay muchos hombres que quieren volver á la buena Ley, pero tienen en contra á todos los ricos, que son muchos: esos se oponen al buen sistema de caridad, para dominar siempre á los pobres, que trabajan por salario, por no morir de hambre.

—¡ Mala es esa gente! terminó el jornalero, que desde aquel día dejaba de serlo.

—El sábado, dijo el joven, vuelvan todos aquí. Cada uno me dirá cuanto dinero necesita para el gasto semanal: yo lo adelantaré. Llevaré un libro de apuntes para escribir vuestros nombres, y los duros que os voy dando, porque todos los sábados seguiré haciendo lo mismo, hasta que se venda la próxima cosecha de café. Vosotros no sabéis contar, y para que estéis seguros del número de dinero que os he prestado, tendréis cuidado de guardar bien todos los sábados tantas piedrecitas pequeñas como duros os he dado: así, cuando se reparta el producto del café, sabréis de fijo lo que me debéis y entonces se me devolverá lo que os adelanté.

—¡ Ah! no, no desconfiamos; lo que el señor diga que le debemos, eso se pagará; no guardaremos seña.

—¡ Muy bien! terminó Alberto, el que sigue este sistema nunca robará ni á ricos ni á pobres.

Los hombres se despidieron pensando que don Alberto, sin duda estaba en gracia de Dios, cuando tanto bien les proporcionaba.

Angelina y César, testigos presenciales de la escena anterior, dábanse el parabién de ser padres de un benefactor de la humanidad. ¿Qué vale levantar edificios para asilar á los pobres desvalidos, comparado con la implantación de un sistema que derriba el pauperismo? Cualquiera que lo piense, verá al punto que la grandeza estriba en cortar el mal de raíz, no en suavizarlo por medio de emplastos emolientes que, después de todo, no alcanzan sino á una pequeña parte de la doliente humanidad.

CAPITULO LII

CONTINUA EL MISMO TEMA

Don Gabriel no quiso quedarse atrás, y en seguida planteó el mismo sistema en su hacienda del Lomo Blanco. Ese cambio lo hizo con gusto, pero aunque hubiese sentido repugnancia por el nuevo régimen, la necesidad le obligaría á implantarlo. ¿Dónde hubiera conseguido jornaleros, cuando limítrofe tenía una finca, en la cual los trabajadores eran socios y no asalariados?

El conocía todo eso; pero á fuer de hombre honrado, de recta conciencia, también dábase cuenta de aquella acción, nada limpia, que guarda el sudor de los pobres en las arcas del rico: acción que permanece en alza, por su remoto origen. Mas hoy, que los intelectos de los hombres ilustrados se han elevado á gran altura, no debiera subsistir el sistema de opresores y oprimidos, porque contiene algo de salvajismo: algo de las castas bramánicas. El sistema socialista y la destrucción de la Guerra, son dos entidades que fraternalmente se dan la mano. Sobre esos temas, es donde debían desarrollar todo su verbo los hombres eminentes....

Admiramos en alto grado á esa gran falange de sabios que, buscando la verdad, cruzan la tierra en todas direcciones. Ellos no aman la Guerra: aman la Ciencia. Ellos forman la agrupación más digna que existe. Muchos de esos individuos buscan con pertinaz empeño las pruebas fehacientes del humano origen: buscan al **hombre fósil**. ¡Respetables y dignísimos señores, no gastéis vuestra preciosa vida en correr de Polo á Polo, buscando lo que tenéis delante! ¿Queréis pruebas palmarias? Detened un poco vuestras investigaciones: paraos en seco: fijad vuestra sapiente atención en un campo de batalla. Contemplad esas masas espiándose mutuamente, destacándose del grupo central alguna parte,

para formar estratégicas emboscadas que de improviso caen sobre el pelotón contrario, le envuelven y le destrozan....

¿Qué es lo que hacen en la selva virgen las bestias feroces? ¿No acechan á su presa, escondiéndose en la espesura, para en el momento favorable caer sobre ella y hacerla pedazos?

¡Ah! distinguidos señores! Ahí tenéis la prueba plena.

¿No busquéis al **hombre fósil**! Gran parte de sus descendientes, en vez de borrar con nobles acciones el estigma de su ruin origen, se empeñan en patentizarlo con procederes sanguinarios. Pero vosotros, ¡científicos actuales!, aunque descendéis de la misma cepa, habéis sabido emanciparos dejando para siempre la sangrienta senda y siguiendo la pacífica, luminosa del Saber. ¿No importa vuestro origen! El hombre vale, no por su ascendencia, sino por el esfuerzo que él mismo haya empleado en su perfeccionamiento...

Hablando con la esposa, decía don Gabriel:

—Mis hijos no serán ricos. Pero es preciso reconocer que el sistema de salarios es odioso: hace aborrecer á los ricos, engendrando y dando á luz las grandes revoluciones populares. Dígalo, si no, la magna revolución francesa que, considerando como criminales á los ricos, especialmente si eran nobles, hacíalos guillotinar, sin más delito, rodando en el cadalso millares de cabezas. Pero aquellas gentes ebrias de sangre, no supieron implantar las tres palabras que predicaba su lema: Libertad, Igualdad, Fraternidad. Apenas si, después de tanta ruina, pudieron extraer del montón de escombros Los Derechos del Hombre.

—Oye, Gabriel, piensa un poco y verás que dejar á los hijos gran riqueza no es conveniente para su futura felicidad. La juventud, tan ávida de goces, si puede disponer de gran caudal, está muy expuesta á dos cosas: una es llenarse de vicios; otra, que el exceso de éstos la conduzca á la miseria. Generalmente, el joven rico es holgazán y calavera. Mantiene relaciones ilícitas con mujeres de vida airada, las provee de habitaciones fastuosas, de lujosos vestidos, de alhajas, coches, caballos y cuanto lujo puede exhibir una señora distinguida. Cuando se ofrece, asiste á las cenas en compañía de otros jóvenes depravados, llevando cada cual su hembra.

No hay para qué decir que, mediante los efectos del licor, apurado sin ton ni son, esas cenas terminan en orgías. ¿Dios me libre de que mi hijo se halle un día en tal situación! ¡Nó, nó; primero muerto que sumergido en el fango de los vicios! Habrá algunos ricos que se conserven honrados: éstos constituyen la excepción. Yo sé bien lo que te

digo: nací y viví en París muchos años: conozco á fondo las costumbres de eso que han dado en llamar juventud dorada. Quizá esté el calificativo en lo justo; porque el aspecto de los pisaverdes, con elegante indumentaria, bien acicalados, luciendo muchos, aunque no sean miopes, los quevedos de oro cabalgando sobre narices de todas formas y tamaños, presenta, de veras, el dorado aspecto aquel. Pero obsérvalos por dentro, ó lo que es igual, examina su conducta, que, por otra parte, los tales tipos no se cuidan mucho de velar, y ya verás las bellas apariencias transformadas en "sepulcros blanqueados". Por estas consideraciones no me afecta la noticia que me das de que nuestros hijos no serán ricos, porque no siéndolo vivirán sin ser acosados por las malas tentaciones que lanzan á los hombres pudientes por la senda del mal. Ahora quedas libre del trabajo de custodiar la hacienda. Los que la tienen á su cargo tendrán buen cuidado de hacerla producir, y rendirá buenas cosechas: en ellas tienes tu padre.... ¡no somos tan pobres! Hagamos una huerta grande, limitrofe de nuestra casa, y como no vas á quedarte brazo sobre brazo, ahí te entretienes, bien, solo, bien, asociando un compañero para el cultivo. Eso producirá para las necesidades de la casa. Mi corral está lleno de gallinas que rinden gran cosecha de huevos. Criemos dos vacas en un pesebre que esté junto á la casa. Entonces tendremos leche y queso en abundancia: nada nos faltará. Aquel dinero que se reciba por dividendos de cosechas, podemos guardarlo casi todo. Ese será el caudal que nuestros hijos hereden de nosotros; porque si bien el mucho dinero puede arruinar su juventud, la falta total de él es perjudicial. Según creo, en ese y otros asuntos el bien está "en el justo medio".

Los consortes con su diálogo, quedaron muy satisfechos del nuevo rumbo que tomaban sus intereses. Si no hubo discusión para que saltara la luz, ella saltó sin ese preliminar. Por costumbre Castañeda montaba, yéndose á dar un vistazo á la finca. Todo estaba en orden: los trabajadores propietarios, lo hacían á maravilla. Como sólo eran socios los mayores de edad, los menores no se ocupaban en aquel trabajo sino que rozaban terreno para los siembros de otra clase. Cuando el cafetal rindió su cosecha se vió claro lo ventajoso del sistema para el cuerpo de peones. Después de repartidos los dividendos y pagar cada hombre lo que debía por su manutención, sobraron á los socios, á unos doscientos, á otros doscientos cincuenta y hasta trescientos duros. Las deudas eran desiguales porque las familias respectivas contaban distinto número de individuos.

Los pobres trabajadores estaban henchidos de alegría. ¿Cuándo fueron dueños de cantidad igual? ¡Nunca! Porque hasta la fecha su salario no les dió más que para mal comer y vestir un trapo, como dijo el señor Lucas. Alberto, al que esa gente miraba como su Providencia, les aconsejó que gastaran ese sobrante en su alimentación: haciéndolo así no pedían prestado, y para la otra cosecha, no teniendo nada qué pagar, tomarían integro su dividendo, el cual cubriría sus gastos, dejándoles un sobrante que sería la base del futuro ahorro. Todos siguieron el consejo del buen señor, que parecía ser cosa de arriba. Algo más adelante tuvo tal influencia entre ellos, que, por indicación suya, todos los padres de familia convinieron en dar un duro mensual para retribuir un maestro que vendría de la capital á domiciliarse en la hacienda, con objeto de enseñar á los hijos á leer, escribir y contar.

Llegó el día en que se trajo un Profesor, nó de los científicos que valen mucho, sino de los que abundan, aptos para impartir aquellas tres asignaturas, base fundamental de todas las ciencias.

Alberto cedió un salón de su gran casa, para aula, como asimismo dió mesa y cama al señor Pedagogo. Moderno Carlomagno, el joven solía asistir a las clases, no para aprender como el otro, sino para cerciorarse si el Profesor explicaba bien las lecciones orales de Moral, con las cuales diariamente comenzaban las clases. El tema de esa enseñanza giraba en torno de las Obras de Misericordia y del Sermón de la Montaña, pues aquéllos son el corolario de éste. Aunque digan, los que les conviene decirle, que no son obligatorias, ellas contienen toda la esencia del cristianismo. Al que no acepta sus enseñanzas, no debe llamársele cristiano, porque no merece el nombre de tal.

Si la lección era bien explicada, intercalando algunos ejemplos al alcance de los discípulos, éstos, con el tiempo, llegarían á ser hombres de bien. Por eso Alberto, acudía á presenciar el acto. Si el joven era buen cazador de volátiles también lo era de almas.

Para implantar esas mejoras hubieron de transcurrir algunos meses.

Angelina y César, después de acompañar á sus hijos tres ó cuatro días, tuvieron, al fin, que despedirse de ellos. Los bultos de ropa y libros habían sido enviados al padre, como contrasena de que iban ellos ya á ingresar como habitantes del Espíritu. Para María se aparejó con barandillas una bestia mansa que, además, llevó á su lado, montado en

otro caballejo de pocos bríos, un joven de la hacienda, con encargo de convoyar á la amazona. Y ésta, después de dar la despedida al niño Alberto, y á la esposa, y á los esposos Castañeda, emprendió la marcha con su escudero, una hora antes de salir César y Angelina. ¿A qué apresurarse cuando el viaje de los que iban delante duraría una eternidad? Al fin, los esposos, después de repetidos adioses hasta pronto... partieron al galope hacia el Espíritu. Por suerte, al divisar el caserío, alcanzaron á los viajeros, que después de todo, no estuvieron muy reacios.

Don Alberto recibió á su hija y yerno con gran contento. En seguida condújoles á su casa jaspeada dejando para ellos un lado con tres habitaciones frente por frente de las suyas, separadas por zaguán. María quiso alojarse en el cuarto más inmediato á la cocina para hacer el café, temprano, según dijo. No le gustó la falta de horno, ¿y dónde cocía ella sus panecillos de mantequilla y otras cosas buenas que pedían horno? Don Alberto la consoló diciéndola que uno de los albañiles fabricaría á la mayor brevedad el horno junto á la pila de lavar. Así la buena mujer, que por lo visto no quería dejar su arte, quedó tranquila.

Cuando supo Sorel el sistema implantado por su nieto allá, en Miraflores, tuvo arranques de santa alegría.

— ¡Mi nieto es un verdadero socialista! ¡No podía ser de otro modo! ¡Corre mi sangre por sus venas!... ¡El atavismo! el atavismo! El que quiere tener por descendientes hombres de recto criterio, que se mejore á sí mismo antes de procrear seres inocentes, que, bajo el imperio de la ley de herencia ó atavismo, salgan al mundo impregnados de los vicios transmitidos por sus detestables progenitores.

Algunos días después, mientras su padre, César y Mister, revistaban los trabajos que faltaban para hermostrar el pueblo, Angelina, enristrando la péñola, escribía á su amiga de Ultramar.

“Señora doña Carmen P. v. de Lozano.

Canary Islands. Santa Cruz de la Palma.

Mi inolvidable y querida amiga: Ya, por cartas anteriores informé á Ud. de mi ingreso á este país y de otras muchas cosas que me he dado el gusto de referirle detalladamente para que Ud., en cierto modo, presencie mi modo actual de vida. Hoy que he cambiado de domicilio, tengo el placer de darle noticia del pueblo del Espíritu, donde resido. Este es una pequeña, bonita ciudad fundada por mi padre con el objeto que él mismo manifestó á Ud. ahí en la patria. Si Ud. lo recuerda, ya sabe que el fin era civilizar

indios de taparrabo, familias desnudas, cuyas viviendas compuestas de ranchos formados con varas, están muy cercanas de este alegre caserío; y digo alegre porque las casas, traídas de Chicago, están pintadas de bonitos colores. Esos colores dan el nombre á las calles: así se dice: calle rosa, calle amarilla, calle celeste, calle violeta, calle jaspeada. Pero no vaya Ud. á creer que la ciudad tiene cinco calles solamente; tiene muchas que llevan otros nombres derivados de aquellos ejemplos: viola, célica, rosalba, etc. Esos nombres se leen en tablillas clavadas al principio y al fin de cada calle. El aspecto general de la población exhibe un tablero de cinco colores bien dispuestos por el gusto artístico de don Aurelio Carmona. Los pobres indios que diez años atrás eran caníbales, no se conocen hoy. Gracias á los suaves medios empleados por mi padre, secundado por Ester, cuya historia Ud. conoce, se prestan sin repugnancia y admiten la enseñanza civilizadora. En la rapidez con que han aceptado cosas tan distintas de su antiguo modo de ser, entra por mucho el roce con otras familias indias ya algo instruidas, que de la hacienda de Armida, donde vivían, se trasplantaron á este pueblo con objeto de que, por medio de conversaciones y visitas diarias á los desnudos, se consiguiera vestirlos, y que poco á poco fuesen entrando en la senda del bien.

Y así sucedió; porque los de Miraflores, que hablan la misma lengua de los otros, pusieron gran empeño en cumplir el encargo que les había hecho, Armida, á la cual quieren mucho, de domesticar á los salvajes. Para conducir ganado bravo, sin palos ni aguijón, no hay otro medio que arrimarle ganado manso. Los hombres salvajes son bestias bravías; pues unirlos á pacíficos congéneres: donde éstos vayan, irán aquellos.

Ese ha sido el método empleado por mi padre: jamás mandó á un salvaje á levantar una pequeña piedra ni á tronchar una ligera rama. Libertad absoluta: persuasión: nunca mandato.

Ese benigno sistema ha sido coronado con los más felices resultados. Todas estas gentes miran á su Gobernador, como á un ser benéfico. No le temen porque nunca los castigó, pero le aman como se ama á un benefactor. Lo que se teme no puede ser amable y no se le ama. Se le tiene miedo, sentimiento antagonista del amor: uno á otro se repelen y no pueden juntarse jamás. Si se compara este método pacífico, de éxito altamente satisfactorio, con el de terribles amenazas y castigos para imponer enseñanzas á pueblos

incultos, al punto se verá que el sistema pacífico, es mucho mejor que el coercitivo, que consigue sus fines aterrando á las gentes, sin bonificarlas, porque sólo aparentan aceptar el yugo convirtiéndose en hipócritas rematados. No sucederá lo mismo en el pueblo del Espíritu: aquí, los que se conviertan, será por libre y espontánea voluntad, nó por miedo, porque nadie se lo inspira, puesto que la amenaza y castigo son míticos en el Gobierno de mi padre. Estos hombres y mujeres, mañana serán individuos leales, pues aceptan el bien por su gusto, y no por imposición. Ya muchos de los numerosos chicos indios, concurren á la escuela. Dos de los matrimonios que trajimos de ahí son los maestros y Ester la Directora.

Cree mi padre que pronto tendrán las aulas más de doscientos alumnos de ambos sexos. La clase primera, que es la Moral, la da Ester; porque los hijos de las familias, poco antes salvajes, no entienden castellano. Escribir y leer enseñase en este idioma: dentro de un año ya podrán entenderlo.

El Templo se terminó después de las tres bodas de que ya di parte á Ud. Rodeóse el contorno de las paredes con escaños de cedro, tapizados del mismo damasco rojo que tienen aquellas. La bonita pila bautismal se fijó en un ángulo cerca de la puerta de entrada. Por medio de una pequeña llave se surte del agua, que los peces que adornan la concha con que termina el pilón central del estanque que está en la plaza, arrojan por sus anchas bocas. La escuela, Gobernación y los edificios más cercanos, reciben también de allí el líquido.

El pueblo, que á primera vista parece terminado, no lo está; faltan las aceras, el empedrado de las calles, las atarjeas, para conducir fuera de la población el sobrante de aguas, y, finalmente, falta el alumbrado público. Tal cual está hoy sería este pueblo una preciosa aldea, pero mi padre desea que no falte aquí nada de lo necesario á una verdadera ciudad.

Ya que esta carta se ha convertido en crónica noticiera que, tengo la seguridad, leerá Ud. con gusto, le diré, que desde que Mister Ruy y esposa se establecieron en casa propia, Ester envió dos emisarios á la cañada aquella donde vivió un año en el rancho de la familia india con ña Petra, Juana y Fernando. Los enviados fueron: uno de los indios que iban con el Jefe Cisne, el día que la siguió, sabía muy bien el camino y el sitio del suceso, el otro, Rubén, el ahijado de mi padre, el cual podía leer la carta que Ester envió

á los antiguos amigos. Habían transcurrido diez años, y acaso ya no estuviesen en la cañada. . . . no obstante, sin ir allá nada podía saberse. Por suerte, los embajadores hallaron familia viviendo tal y donde mismo vivía antaño. Rubén leyó la carta en la cual Éster, convidábales á venir con los mensajeros para que conocieran el pueblo donde vivía y si les gustaba se quedasen en él. Los indios hicieron aspavientos de alegría: dijeron que desde el día que la señora desapareció, bien sabían que se la llevaron los indios bravos, porque viendo que no volvía al rancho, salieron á buscarla llegando al sitio donde había muchas huellas de caballería. Como para seguir un rastro no hay quien aventaje á un indio, Fernando conoció al punto que las bestias bajaron primero de lo alto, se detuvieron, volviendo á retroceder; él siguió el exámen por largo trecho y estaba seguro de que la partida no bajaba de seis bestias, que no iban al paso sino corriendo al galope hacia donde se pone el sol. Lloraron por Éster, pero no podían salvarla. Los salvajes no la mataban, pero alguno la tomaría por esposa y nunca más la volverían á ver. Apenas se leyó la carta no vacilaron un punto en seguir á los mensajeros, que en previsión del suceso habían llevado, arreatadas, tres bestias ya aparejadas para montarlas..

Esa buena familia empaquetando al instante sus ropas, y dando suelta al gallo y gallinas para que camparan por su cuenta, montó, poniendo á la grupa los pequeños envoltorios, y más que de prisa, emprendieron la marcha, llegando al pueblo tres ó cuatro horas después. Éster recibióles con los brazos abiertos. Habitan en su misma casa; pero es seguro que Juana y Fernando se casarán pronto: tengo noticia que ella tiene ya un novio indio, y él pretende á una hermana del que va á ser su cuñado. Éste pueblo crecerá pronto; pues, como no priva la corrupción, todos se casan porque es el medio de obtener mujer.

Esta larga epístola va á terminar con una noticia desagradable, y es ésta: que no puedo cumplir la promesa que la hice á Ud. Recuerdo bien que la ofrecí, al darla mi último adiós, volver un día con César. . . ¡ Ah, no, mi excelente amiga! No puedo llevar á este querido compañero, al cual amo hoy más que nunca le amé, á la presencia de sitios que indefectiblemente, haríanle rememrar funestas memorias, que yo, por todos los medios posibles, procuro hacerle olvidar, ó siquiera oscurecer. Cuando observo en su frente alguna sombra leve, pienso en el acto que su intelecto está fijo en aquella noche aciaga. . . Entonces, es de ver mi afán por

alejar esas dolorosas reminiscencias. . . . Unas veces entable una partida de ajedrez; otras, un paseo; algunas, ésta son las más frecuentes, porque observo que al punto desvanecen aquella sombra de tristeza, me siento á su lado atrayendo sobre mi pecho su querida cabeza, y mientras paso mis dedos por la rizada cabellera, modula en voz baja algún canto adormecedor. Entonces, del hermoso rostro desaparece todo para él, porque su carácter conserva la antigua energía, sin síntoma de pena quedándose adormecido en mis brazos. . . . ¡Pero ay! en esas situaciones he visto alguna vez que de entre los cerrados párpados brota una lágrima. . . . Cuando despierta, mi conducta apasionada se encarga de hacer olvidar algo que en sueños recordó; algo muy triste que hizo brotar el llanto, guardándome muy mucho de hacer alusión á él. Esta es mi vida, amiga querida. Jamás expondré á César á que vuelva á ver los sitios del pasado. . . . Sufriría una terrible reacción, sin duda de funestas consecuencias para él porque su carácter conserva la antigua energía, sin haber perdido un ápice de ella.

Ud. comprende mi situación: estoy segura de ello. No voy, pero le mandaré un gran cuadro que ya don Aurelio bosquejó. A la derecha figura Ester: la conocerá Ud. por la cruz que lleva al pecho. Mi padre á la izquierda: al centro César y yo, mi hijo y su mujer. María se empeñó en figurar allí: ella tiene derecho á considerarse de la familia. Está representada con la derecha sobre el hombro del querido hijo César, como le ha llamado siempre; el resto del cuerpo se desvanece tras los pliegues de mi falda, pero la cabeza y el busto se ven bien. Cuando reciba Ud. el cuadro, avise á Pancho y Frasquita, que tendrán gran placer en contemplarlo. Dígale al doctor que seguí sus consejos al pie de la letra; que mediante ellos, soy ahora tan feliz como antes fui desgraciada. Mil recuerdos afectuosos á sus queridas hijas, Corina y Adela. Si todavía está por ahí la antigua Bonifacia, anúnciela que voy á mandarle un regalito para que compre unas güenas naguas que estrenará en la próxima Loba.

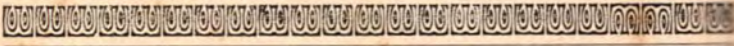
Sin alargar más esta extensa carta, me despido por ahora de mi querida y leal amiga, á la cual, á travez de los mares, envía un estrecho abrazo su fiel

Angelina Sorel de Velazco.

P. D.—Reclame Ud. al Banco Español de Tenerife, la cantidad de diez mil duros, depositada allí, hace poco tiempo, á la orden de Ud. He realizado todos los bienes que tenía en Santa Cruz, menos la casa, que doné á Silvestre

Batista por ser el encargado de la venta y de girar la suma realizada, por medio de letra, sobre el Banco de Río Janeiro. Pero no me olvidé del Hospicio, y para su adelanto reservé la cantidad antedicha. De ella puede Ud. dar á Bonifacia, el regalo ofrecido. Veo que la posdata se va haciendo tan larga como la carta. ¡Adiós, adiós! Vale.”





CAPITULO LIII

TRIUNVIRATO GUBERNATIVO

Pocos días después, Sorel, platicando con los esposos, deciales:

—Hijos, tengo qué hacer viaje á la capital.

—¡Cómo!—dijo Angelina—Ud. me dijo que ya no tenía qué hacer más viajes.

—En efecto, te lo dije; pero después, pensándolo mejor, he resuelto buscar dos sujetos que me hacen falta para el desarrollo de mi empresa civilizadora. Quiero proveerme de un sacerdote y de un hombre de ciencia. Es verdad que durante un año, el Magisterio que tengo aquí basta y sobra: los muchachos saben enseñar muy bien las primeras letras, pero nó las segundas que nunca aprendieron. En la clase hay discípulos que cuentan ya catorce años. Naturalmente esos, si tienen clara inteligencia, pronto aprenderán. Y como yo quiero que en mi pequeño Estado haya hombres, no solamente educados, sino también instruidos, de ahí mi deseo de poner al frente de mi escuela un sujeto de vastos conocimientos que, llegado el caso, sea apto para impartir la enseñanza superior. Respecto á la necesidad del sacerdote, ella se impone. ¿Quién mejor que un miembro de la Iglesia Cristiana puede enseñar la Moral pura? El conoce á fondo las enseñanzas de ese Credo, y por lo tanto sabrá explicarlas muy bien, obteniendo el fin deseado que es moralizar á su auditorio. Si como espero, hallo ese sujeto, yo le impondré ciertas condiciones que no dudo aceptará, sobre todo si es un hombre ilustrado. Esas condiciones serán: que en sus pláticas no intercale nunca la amenaza de castigos presentes ó futuros, sino con buena, persuasiva palabra incline el ánimo de sus oyentes, á practicar gustosos aquello que se les inculca. Conque ya veis la necesidad de este viaje á la capital.

—¿Quiere Ud. que le acompañe? preguntó el yerno.

—No, hijo. Quizá voy á detenerme allá dos ó tres días: ya ves que las personas que voy á buscar no son de las que se hallan á la vuelta de una esquina. Te nombro mi sustituto: durante mi ausencia serás el Gobernador. Me llevo á Secundino y Raimundo para que me acompañen, por si se ofrece cualquier emergencia. Vamos á comer algo y en seguida parto.

Don Alberto, que con antelación avisó á los indios compañeros del viaje, almorzó. En seguida despidióse de Ester á la cual puso al corriente del motivo de su viaje, diciéndola al fin:

—¿Falta algo en la escuela?

—Por ahora no, señor: más adelante sí; no hay mapas murales para el aprendizaje de la Geografía.

—Los traeré desde luego.

Y sacando su librito de memorias apuntó:

—Un sacerdote y un sabio.

—Mapas geográficos.

—Un cargamento de ladrillos para las aceras.

—Está apuntado lo más necesario. Dentro de un año, cuando haya cosechas de cereales, y los cañales, que ya se van á sembrar, estén en sazón, he de proveer al pueblo de harina y dulce, por medio de dos máquinas de moler, una granos y otra, cañas. Conque ,señora mía, adiós, hasta dentro de dos ó tres días.

Los dos fundadores diéronse la mano, y Sorel salió. Fuese á la casa jaspeada donde ya los compañeros teníanle la bestia enjaezada, montó, saludando á la familia, y partieron los tres. Esta vez no se detuvo en Miraflores, á la vuelta vería á los nietos, tenía mucha prisa. En consecuencia, orilló el río y á cierta distancia entró en la carretera.

Al ingresar en la población dejaron las bestias en caballeriza encargando el buen pienso, y fuéronse al hotel. Desempeñada la importante ocupación de trasiego de viandas, Sorel dió libertad á los dos indios para que se fueran á husmear por la ciudad, ó pasaran el tiempo como mejor les acomodóse: como volviesen en la noche, á cenar y dormir, bastaba. Raimundo y el otro conocían bien la población, marcháronse á pasear.

Cuanto á don Alberto, fuése en busca de Amador; éste, que conocía á todos los vecinos, ricos ó pobres, ignorantes ó sabios, pondría sobre la pista de los sujetos que buscaba: si los había en Belén, es seguro que el médico le daría noticia... Después de los mútuos, alegres saludos, Sorel expuso el motivo que á la ciudad le condujo.

—¡ Hombre! conozco dos sujetos, que ni de encargo! Si esos señores aceptaran sus condiciones de Ud. y se fueran al Espiritu, habría Ud. hallado la piedra filosofal. Figúrese Ud. que uno es un sabio de alto vuelo, y el otro un sacerdote de lo fino. Los dos son primos y viven juntos. El año pasado, habitaban en Río Janeiro, donde el sapiente, era catedrático en el Colegio Nacional; pero salió de allí echando pestes contra los padres de sus discípulos: presentó su renuncia y no sólo renunció su empleo sino también á la capital, viniendo á establecerse aquí.

—¿ Y por qué renunció ese señor?

—Porque al explicar á sus alumnos los diferentes sistemas de Gobierno, hízoles el panegírico del Socialista. Los muchachos refirieron en su casa esas lecciones y los padres, la mayor parte capitalistas, dueños de minas, fábricas y toda industria donde funciona el capital y el salario, comenzaron á retirar á sus vástagos de las temibles clases. Supo don Perfecto de la Esperanza, que así se llama el sabio, la causa del desfile de sus discípulos, y en el acto puso su renuncia retirándose á su casa, donde lleno de cólera desfogó su furor, refiriendo al primo el suceso. Este, que pacíficamente le escuchó, dejóle explayar á su albedrío, y así que con dieterios viles dejó como chupa de dómine á los imbéciles padres aquellos, viendo que ya la explosión iba de capa caída, díjole:

—¡ Hombre, no hay que alterarse tanto por cosas naturales! Para ser partidarios los ricos, del sistema que defiendes, sería preciso que desde pequeños hubiesen bebido en las puras fuentes de la Moral Cristiana: ellos no tienen la culpa de ser como son, porque son como los han hecho.

—¡ Ay, amigo doctor; si yo pudiese convencer á ese sujeto y llevármelo allá...!

—Haga Ud. la prueba y ¿quién sabe...? Todo lo que he dicho respecto al Profesor, lo sé por él mismo. Fuí á su casa á ver al primo que padece de gastritis, y en seguida me refirió parte de su historia como asimismo la del sacerdote don Manuel Díaz, que también la tiene. Voy á referírsela brevemente.

Estos dos primos son españoles, oriundos de la misma ciudad é hijos de dos hermanas. El sabio vínose á la América, donde después de visitar varios países, radicóse al fin en el Brasil. Don Manuel, no dado á correr aventuras, después de largos estudios, optó por la carrera eclesiástica. A fuer de hombre ilustrado comprendió al punto que era preciso contemporizar con lo moderno, no empleando en sus

pláticas más que aquellas atrayentes oraciones que cautivaban, sin espantar á sus feligreses. La juventud liberal, muy numerosa en aquella ciudad, veneraba al excelente sacerdote. Pero entonces subió al Poder el partido retrógrado y don Manuel sufrió persecución por la justicia. El feroz Jefe Trucharte, le acusó de amistad con los liberales; de ejercer su ministerio, sin aquella enérgica amenaza de infierno y llamas, tan importante para la salvación de las almas, y el bueno de don Manuel cayó de patitas en un calabozo. (*) Un año después surgió la reacción: subieron al Poder los liberales y en el acto el señor Díaz fué reintegrado en sus funciones sacerdotales. Entonces los encargos de misas llovíanle: estaba revestido de aquella aureola que rodea al justo, indignamente acusado; creyendo los fieles, con muy buen sentido, que las preces del bueno llegan más pronto al Cielo. Mucho después comenzó á padecer de gastritis, enfermedad que proscribía en absoluto, alimentos condimentados con especias y sobre todo la toma de licores. Entonces, con licencia, dejó su ministerio: no podía tomar el vino de la consagración: no podía decir misa. Pensó que tal vez en la tierra donde vivía su primo Perfecto, por ser otro mundo, podrían regir otras costumbres al respecto. Pasó el gran charco y llegó al Brasil, donde el primo recibióle con los brazos abiertos. Al día siguiente fuese á cualquier templo y oyó misa. Al terminar, avistóse con el oficiante, y como quiera que ellos entre sí se presentaron uno á otro, y que ambos pertenecían al mismo credo y profesión, don Manuel le preguntó si en el país se podía decir misa sin tomar vino: el otro contestó que era preciso tomarlo, porque el que manda, manda. Y no hubo más. Poco tiempo después sucedió el lance del Colegio. Los dos primos tenían en perspectiva la pobreza.

—¡ Ah! dijo Sorel, me alegro que no sean ricos, porque así aceptarán mejor mis propuestas. . .

—¡ Poco á poco! repuso el doctor, aun no he terminado esta historia. Esos dos sujetos, imitando en pequeño al gran romano Cincinato, ya estaban decididos á retirarse á un rincón cualquiera de terreno á cultivarle ellos mismos para subsistir. Pero hé aquí que una sonrisa de la Fortuna cambió de golpe los propósitos agrícolas. Cuando conducían su equipaje al muelle pasaron por la agencia de Lotería en el momento que un empleado ponía en la pared la lista de premios de la que pocas horas antes se jugó. Don Perfecto

(*) Histórico.

echó mano al bolsillo y sacando un número que había comprado, vióse de improviso dueño de ciento cincuenta mil duros. ¡El premio gordo!

—¡Ah! pues entonces me será muy difícil conseguir á esos sujetos, dijo Sorel desalentado.

—No hay que desanimarse. Creo que el sabio, por tener ancho campo donde sembrar su doctrina, se iría de buen grado hasta los antípodas. Véase con ellos: yo presiento que no le dejarán desairado.

—Sigo su consejo, y á verlos me voy. Indíqueme Ud. la calle y número de casa...

—Venga Ud., dijo Amador levantándose y abriendo la ventana: ¿ve Ud. allá, aquella torrecilla pequeña que se eleva casi en el confin de la ciudad?

—¡Ya lo creo! No hay en el contorno otra para confundirla.

—Pues ese es el observatorio del sabio: le servirá á Ud. de brújula, porque en una casita donde viven los dos primos se levanta ese edificio.

—Pero el señor de la Esperanza ¿es astrónomo?

—Don Perfecto, es todo lo que quiere ser: su instrucción es muy extensa. Lo mismo sirve para astrónomo que para matemático, geógrafo, naturalista ó cualquier otra ciencia, pues hasta políglota es. Ahora me ocurre que quizá entienda y hable la lengua que usan los indios de vuestro pueblo. Esa sería una feliz circunstancia para allanar dificultades en la enseñanza.

—Dando á Ud. efusivas gracias, doctor, me despido para avistarme al punto con esos señores. Volveré después de la entrevista para dar cuenta á Ud. del resultado.

—No voy con Ud. porque es hora de girar la visita á mis enfermos; no equivocará el domicilio: tiene Ud. por guía la Polar torrecilla.

Y despidiéndose don Alberto, atravesó varias calles, siguiendo el derrotero señalado por la brújula aquella.

Dos caballeros, sentados junto á una mesa, hallábanse allí distraendo el ocio según el gusto de cada cual. El uno daba vueltas al globo terráqueo, colocado en su correspondiente pie: sin duda buscaba en él el croquis de su patria que jamás el emigrante olvida; el otro examinaba una colección de largatijas, recientemente disecadas. Al entrar Sorel, ambos señores levantáronse contestando el atento saludo del visitante, é invitándole á tomar asiento. Don Alberto, después de sentarse, entró de lleno en el asunto.

—Señores, puesto que no tengo persona que me presen-

te á ustedes, véome en el caso de hacerlo yo mismo. Me llamó Alberto Sorel y tengo la honra de ofrecerme á la disposición de ustedes.

Los dos caballeros saludaron dando sus nombres respectivos. Es por demás decir que los sujetos eran don Manuel Díaz y su primo don Perfecto de la Esperanza.

—Señores, para explicarles el motivo de esta visita debo darles noticia de mi actual situación. S. M. el Emperador me ha concedido graciosamente un territorio de quince leguas cuadradas, para que yo le gobierne é implante en él la Ley que me convenga: Es un estado libre en medio del Imperio, independiente en absoluto de las leyes que imperan en el Brasil. Ahora bien, señores, yo soy el Gobernador de ese pequeño territorio. He fundado en él una ciudad, donde hay templo y escuela. Pero necesito dos sujetos que, asociados á mí, coadyuven en el desarrollo del sistema que regirá mi nuevo pueblo. ¿Quieren ustedes secundar mis esfuerzos ayudándome con su valiosa cooperación, en la empresa de civilizar un pueblo, en su mayoría salvaje?

—Antes de contestar, sírvase Ud. decir cuáles son las leyes que implantará Ud. en su Gobierno.

—Es muy justo. Yo plantearé allí, en todo su vigor, el sistema Socialista...

El sabio, dando un salto, tendió las dos manos á Sorel, diciéndole:

—¡Oh, caballero! No creí tener nunca la dicha de hallarme frente á frente de un verdadero socialista: permítame Ud que le abrace.

Y con verdadera efusión abrazó á Sorel, el coleccionista de lagartijas y otras alimañas por el estilo. En seguida le refirió casi toda su historia. Cuando se vió rico pensó regalar algunos miles á un par de familias conocidas, que estaban un poco escasas de metálico; pero recordando que al punto plantearían cualquier negocio donde figurara el maldito sistema de salarios, desistió de la idea.

—Sí, señor, añadió: no hice el regalo por no contribuir á extender esa deprimente costumbre. Hice fabricar mi pequeño observatorio: compré un buen telescopio, y, en las noches serenas, me ocupé en observar "las maravillas celestes". Mire Ud., dijo, sacando del bolsillo dos pequeños tacos de algodón en rama contruídos en forma de piramidal, vea Ud ; apenas oigo la grito de una huelga, me pongo estos tapones en los oídos, porque sé que esa gente pide lo justo y como no puedo dárselo, mi sordera me evita el dolor de oír el lamento sin que me sea dado acallararlo.

Don Alberto sonrióse regocijado al contemplar un perfecto modelo del socialista. Luego dijo:

—Si Ud. se instala en mi pueblo, allí gozará por completo viéndose rodeado de correligionarios. La escuela no necesita hoy un profesor de la talla de Ud., pero hay en la ciudad muchos jóvenes blancos que acaso deseen instruirse.

Sorel refirió en seguida el estado de sus gentes; la mayoría que luce poco soltó el taparrabo, etc., etc.

—¡Perfectamente!, dijo el sabio, son papeles en blanco donde se puede escribir á gusto. ¡Me voy con Ud.!

El Gobernador hizo mil protestas de agradecimiento y volviéndose al señor Díaz, preguntóle:

—Y Ud., señor sacerdote, ¿vendrá también?

—Debo decirle que donde vaya Perfecto, iré yo. Pero Ud. querrá que oficie en el Templo, y yo no puedo decir misa.

—Justamente, á un pueblo que hace pocos años era canibal no se le puede iniciar en el Misterio Eucarístico, porque puede volver á desarrollarse en él la sanguinaria costumbre que por tantos años practicó. Si se le enseña que puede comer á su Dios, al momento pensará que mejor puede comer á un hombre, y ¿quién sabe...? Las costumbres inveteradas son malas de extirpar. Yo lo que deseo de Ud. es que todos los días dé Ud. en la escuela una clase de Moral y los domingos en el Templo, pláticas más extensas sobre el mismo asunto, que siempre debe ser la prédica de Jesús, en el Sermón de la Montaña. Ahí no hay ningún Misterio, sino buenas enseñanzas al alcance de todos los oyentes. Le considero á Ud. muy capaz para impartir esa doctrina. ¿Acepta Ud.?

—¡Sí, señor!, contestó sencillamente don Manuel Díaz.

Al día siguiente Sorel dió cuenta al doctor, del buen éxito alcanzado. Amador, aunque no era socialista, porque en la patria no se conocía ni practicaba ese Sistema, á fuer de hombre ilustrado, bien se daba cuenta de los fines que persigue, únicos capaces de extirpar el pauperismo reinante en todas las naciones, matando de miseria á una multitud, mientras pasa á su lado otra multitud rodeada de fastuosos trenes debidos, justamente, á los infelices que trabajan por salario. Bien sabía el doctor, que los hombres son iguales: que todos vienen al mundo desnudos y la tierra consume los restos del rico y del pobre igualmente, sin que haya diferencia alguna; y después, los átomos disgregados de los deshechos cuerpos del potente y del mísero, se marchan al espacio, rodando acá y allá, hasta que vuelvan á formar algún

otro núcleo vital, y si esa es ley impuesta por Dios, ó la Naturaleza, ¿con qué derecho el hombre exprime al hombre, aprovechando el sudor que destila su frente y acaparando para sí la mayor parte del trabajo del pobre?

¡Ah!, ya!, con el derecho de la fuerza bruta! A cada paso se demuestra más clara la procedencia de la humanidad... Lo dicho arriba eran las reflexiones que el buen doctor hacía, al marcharse Sorel á preparar el viaje de retorno á sus lares.

A la puerta de los primeros había un carretón para conducir su equipaje compuesto de varias cajas llenas de libros, otras, con sus colecciones de pájaros, mariposas, lagartos y lagartijas, todo ello diseco; en otra iban las esferas giratorias terrestre y celeste, instrumentos de Física y Química, barómetro y termómetro, sin olvidar el buen telescopio, perfectamente empacado. Poca indumentaria... cuanto á los tapones de algodón en rama quedaron despreciados: allá no había huelgas...

El pueblo del Espíritu estaba de plácemes, porque la Ciencia iba á sentar sus reales en él.

A ese cargamento agregáronse los mapas murales comprados por don Alberto. Otro carretón lleno de ladrillos asocióse al primero y los carreteros que sabían muy bién el camino, por haberlo transitado muchas veces durante la conducción del caserío, arrearon sus mulas y echaron á andar camino del Espíritu.

Cuanto á don Alberto, despidióse de Amador, incorporándose en seguida con sus coadjutores. Los tres caballeros y, seguidos de Raimundo y Secundino, emprendieron la marcha. Allí iban formando triunvirato los tres Poderes civilizadores: el Ejecutivo, el Científico y el Moral, seguidos por dos representantes del Pueblo. Esta vez Sorel y compañía descansaron un poco en Miraflores. El abuelo presentó al nieto los dos señores, diciéndole que estaba en presencia de un gran socialista y un gran moralista, y á éstos que Alberto era su correligionario, pues había puesto su finca bajo el régimen humanitario, nivelador de riquezas. Los caballeros primos, también fueron presentados á las damas y éstas á aquellos. No fué poca la alegre sorpresa de doña Toribia, al reconocer en el sacerdote á don Manuel, persona que antaño había visto y oído predicar muchas veces. Sabía ella muy bien que ese digno sujeto, en tiempos padeció persecución por la justicia. No ignoraba que después quisieron elevarlo á Deán, honor que rehusó por amor á Cristo, que dijo á sus discípulos "El que de vosotros quiera

ser el mayor, ese será el menor, el humilde señor Díaz, consecuente con las palabras del maestro, no aceptó la honra de elevarlo en jerarquía: él consideraba á todos los discípulos de Cristo en igual categoría: la misión de todos era moralizar á las gentes... holgaba lo demás.

Don Alberto y sus coadjutores montaron caballos de refresco; en el momento, doña Toribia dijo bajito á Sorel:

—Lleva Ud. consigo un tesoro de virtudes cristianas.

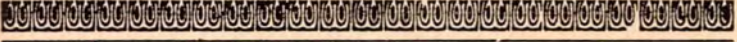
—Y otro de virtudes cívicas, contestó en el mismo tono, añadiendo en voz alta: vayan á verme por allá, porque ahora tarde vuelvo.

—Ténganos lista una casa cerca de la de Ud., pronto iremos todos, dijo Armida.

—No faltará. Conque, hasta después!

Los tres picaron espuelas internándose en la llanura. Raimundo y Secundino les siguieron.





CAPITULO LIV

NOTICIAS VARIAS

Después de mucho tiempo de asidua labor ya el puebló estaba terminado.

Mister Ruy daba con la esposa, largos paseos á caballo, alejándose alguna vez una ó media legua de la población. Así es que la chica habíase convertido en una completa amazona, galopando y corriendo á escape según el gusto. Un día que dirigieron el paseo hacia el Sur, á cosa de media legua del Espíritu, el Mister saltó de pronto del caballo, diciendo:

—Espera, espera Mary: voy á examinar estas piedras negras que veo por el suelo...

Y cogiendo una, hallóse con un traza de hulla, de superior calidad. Guardóla en el bolsillo, y volviendo á cabalgar dijo:

—Mary, creo que hemos hallado una mina de carbón de la mejor clase: caminemos en la misma dirección á ver si el terreno continúa presentando estas muestras de mineral.

Por más que recorrieron una legua, los carbones continuaban de trecho en trecho. Ya el yanqui estaba seguro. No obstante, quiso examinar el terreno mejor. ¿Habían caminado de Norte á Sur?, pues ahora de Este á Oeste. Después de correr más de una hora en esa dirección vieron que las muestras del superior combustible exhibíanse á flor de tierra por todos lados.

—¡Vamos, Mary! tú no sabes la incalculable riqueza que nos hemos hallado en nuestro paseo: es tan grande que

bien puede convertirnos en millonarios. Corramos á dar parte al Gobernador...

—No ignoro, contestó Mariquita, que una mina de hulla de superior calidad, puede hacer riquísimo á un empresario. Pero no olvides, Ruy, que la ley que rige á nuestro pueblo no permite pagar salarios: todos los que exploten la mina serán socios: no hay dueño y sirvientes.

—Ya lo sé, querida; pero puede ser el mineral tan abundante que su producto alcance para enriquecer á muchos.

—¡Así sea! terminó la esposa.

Y poniendo las bestias al derrotero Este, galoparon hacia el Espíritu, llegando en media hora.

Apenas desmontaron, fuese el Mister casa del Gobernador á darle la gran noticia.

Don Alberto sonrió al ver la gran alegría que expresaba el semblante del yanqui, murmurando para sí:—Al fin es hijo de un pueblo que se desvive por las riquezas.. añadiendo en vos alta:

—Le doy á Ud. la enhorabuena por el rico venero que ha descubierto. ¿Qué piensa hacer?

—Pues, ¿qué he de hacer, sino explotar la mina?

—¿Podrá hacerlo Ud. sólo?

—¡Ah! Eso es imposible. Pero si me asocio con diez ó más personas, podremos hacer algo...

—Así es. Veo con gusto que Ud. ha comprendido bien nuestro sistema. Tal abundancia puede haber ahí de mineral, que puede dar alguna riqueza á veinte ó más personas que exploten ese flón. Ninguno se hará millonario: eso se deja para los que pagan salarios, que llenan sus arcas con el producto de las fuerzas del hombre, pero sí pueden adquirir un buen capital. Ahora bien; para terminar el ornato de mi pueblo falta empedrar unas pocas calles. Todos, indios y blancos, están hoy ocupados en esa faena. Ruego á Ud. que no les hable aún del rico yacimiento, porque no serán pocos los que quieran asociarse con Ud. ¿Me promete guardar silencio hasta el arreglo definitivo de las calles?

—¡Ya lo creo! La mina está segura, no se echará á volar. Cuando terminen esos trabajos les hablaré, nó á muchos, porque entonces los dividendos serán menores...

—Aunque Ud. no me lo pide, me permito darle un consejo, Mister Ruy. Ud. sabe que la hulla se halla en capas sobrepuestas y que al terminar la primera aparece interceptando la segunda, tierra ó piedras y así sucesivamente van alternándose el combustible y otros minerales, y eso continúa hasta grandes profundidades: sentada esa verdad, mi

consejo es que se explote la primera capa: si ésta es muy delgada, aún puede acometerse á la segunda. Pero nada más.

—¿Y por qué?

—Porque si se ahonda mucho puede suceder algún imprevisto accidente que cueste la vida á todos los mineros. En el Brasil hay muchísima agua y no sería remoto que en las excavaciones profundas aparezca de improviso gran cantidad de ese líquido que, inundándolo todo, haga perecer ahogados á los trabajadores. También existe otro peligro igualmente terrible: es ese la aparición del gas grisú: si se desarrolla en el fondo de una mina carbonífera, no hay salvación posible, todos los que se hallen allí perecen al momento asfixiados. ¿Querría Ud. por ambición dejar viuda á su joven esposa?

—¡Ah! nó, nunca! ¿sola mi pobre Mary, á quien amo tanto? ¡jamás! Estoy por abandonar la mina...

—Nó, dijo Sorel, dejarla nó, pero contentándose con explotar la primera capa, y acaso la segunda sin profundizar más. Eso puede producirles millares de toneladas de hulla que al momento están vendidas en la capital, máxime cuando por la muestra he visto que el mineral es de primera clase.

—Pues admito su consejo, señor Gobernador, menos dinero y más felicidad.

Apenas terminó el empedrado de calles, entre el Gobernador y el denunciante, concertaron un plan que llenó de júbilo á todos los vecinos. Ese arreglo consistió en fijar en la pared del edificio Gobernación, un gran cartel que en letras gordas daba este aviso al pueblo:

“Todos los vecinos del Espiritu, tienen derecho á la explotación de la mina Ruy, sita á menos de una legua de distancia del pueblo, bajo las siguientes condiciones: Todo hombre hábil que desee ingresar en los trabajos mineros, se presentará ante el Gobernador, el cual inscribirá sus respectivos nombres en un libro de Registro. De los socios trabajarán veinte cada semana en la explotación, entregando el sábado en la tarde, en la casa Gobierno, los picos y azadones que el lunes anterior llevaron de allí para el trabajo. El día lunes, otros veinte hombres que no sean los anteriores, tomarán los mismos instrumentos de trabajo continuando las excavaciones hasta el sábado que, como los primeros, dejen las herramientas donde las tomaron. Así, de veinte en veinte individuos, cambiando siempre el personal, en poco tiempo habrán sido mineros todos los que se apuntaron en el Registro, donde figurarán también los nombres

de los que compongan las cuadrillas semanales. Cuando, por ese procedimiento todos los socios hayan desempeñado su faena semanal, continuará el trabajo volviendo á comenzarlo por la primera tanda que funcionó; y así seguirá la explotación, siempre remudando, según queda dicho, el personal trabajador.—El Gobernador.”

Con ese método todos los hombres del pueblo fueron mineros y al mismo tiempo, la gran mayoría de ellos agricultores, pescadores y cazadores. Con tal variedad de trabajos nadie podía aburrirse allí.

Como quiera que durante la semana sólo podían ir veinte á la explotación, los cuales tardaban mucho en volver, aprovechaban ese tiempo en sembrar ó recoger, según la época. Sólomente Mister Ruy, por ser el descubridor del yacimiento que por derecho le pertenecía, iba todos los días á vigilar los trabajos, y los sábados la conducción, en carretas, del mineral para llevarlo al puerto todos los días lunes. No debe extrañarse, pues, que el Mister tuviese siempre al fin de semana su dividendo y los demás, de tiempo en tiempo. A pesar del sistema igualitario que reinaba en el pueblo, el yanqui percibía muchas más utilidades que los otros; porque si á cualesquiera sujetos que vivan bajo ese régimen les cae por suerte un gran premio de Lotería, ¿quién va á pedirle parte de esa fortuna? Nadie. La suerte se la dió; y “á quien San Juan se la dió, San Pedro se la bendiga”. Mister Ruy estaba en el mismo caso.

Continuando cada cual en sus respectivas ocupaciones, el Tiempo, sujeto incansable y andariego, deslizó su paso sutil dejando caer sobre el pueblo del Espíritu, un lapso de cinco años, como quien no dice nada. Es verdad que su veloz carrera hermo­seó maravillosamente la pequeña ciudad. El caserío multicolor rodeado de jardines, atestados de brillantes flores, destacaba sus perfiles sobre el fondo de lozanas arboledas plantadas en los solares. Las palmas ya desarrolladas, exhibían sus racimos, unas de cocos, otras de pejívalles, más allá de dátiles. Muchas casas no tenían habitantes, porque aún no había en el pueblo mil familias. No obstante, todas estaban igualmente provistas de árboles y jardines. De cuidarlos encargábase Ester, Mariquita, Angelina y César. Unos días unas casas, otros á las demás, visitaban los jardines regandolos fácilmente por medio de largas mangueras adaptadas á las llaves de las pilas. Eso les servía de entretenimiento, y de paso contribuían á que las mansiones deshabitadas, con su aspecto sin floridos vergeles, diesen nota discordante al conjunto bello que exhibía la población.

Los antiguos **mansos**, estaban enteramente civilizados con el roce diario de los europeos, que les enseñaron á cortar y coser en máquina. Ya muchas la tenían propia, pues como la semana que á los maridos les tocaban dividendos de la hulla, cogían buen puñado de duros, ellos les compraban lo que las mujeres pedían. Así fue como se proveyeron de máquinas y de ropas iguales á las que usaban las blancas. Ya allí no se decía, **ispiáis, tenés, á yo**; sino miras, tienes, tú ó usted, á mí, etcétera. Todas hablaban en buen castellano. Los antiguos desnudos ya prometían seguir los pasos á los otros; y más ahora con los hijos grandotes alumnos de la escuela. Estos, en sus respectivas casas, corregían sencillamente el tosco español que ya se hablaba allí, extirpando los barbarismos de sus progenitores. "Así nó, mamá, **habés ispiado** nó: se dice, has mirado, has visto, etcétera. Los padres quedaban encantados con la sabiduría de sus hijos.

Cuanto al arquitecto, á la fecha tenía cuatro parejas de gemelos. La prolífica Argentina, no se permitía, como otra cualquiera, lanzar al mundo un solo vástago: eran dos los que rendía cada cosecha. El artista, al verse rodeado de ocho hijos, en el corto lapso de cinco años, estaba radiante de alegría.

—¡Eso es soberbio! exclamaba, en estos casos no debía desmentir mi constante actividad: lo que se ha de hacer, hacerlo pronto.

Tenía sólidas razones para creer que no tardaría en redondear la decena. Los infantes exhibían algo así como una miscelánea ó una paleta de colores. Allí había blanco con ojos negros, moreno con ojos azules, rubio que los tenía verdes, cabello negro con pupilas violeta, rizos castaños con ojos garzos... en fin, un bonito mosaico destacando sobre el rosa de las mejillas y el rojo de la boca. Apenas en algunos notábase cierto achatamiento en lo alto del cerebelo, pequeño denunciante de la raza india. Por lo demás, era una bonita colección digna de su creador.

Pero no sólo en ese ramo había progresado Argentina, sino también en la instrucción. El buen esposo no dejó un solo día de darla lecciones orales y prácticas. Cuando de sobreparto ella no dejaba la alcoba por unos días, sentábase á su lado algunos ratos trasmitiéndola verbalmente algunos conocimientos higiénicos y fisiológicos. El caso es que la muchacha, en manos del plácido artista, fué poco á poco transformándose en señora medianamente instruída.

El Mister, á la sazón, tenía una pareja de chiquillos no gemelos, uno de tres años otro de dos, por cierto muy boni-

tos. El primogénito con ojos azules era fiel trasunto de Mariquita, excepto en el color del iris: la hembra, blanca, pelirroja con ojos negros, sería, más tarde, una joven de rara belleza.

El artista, reconociendo en el ebanista Jaime, grandes disposiciones para el dibujo, lo convirtió en su discípulo, dejándolo en dos años listo para asociarlo á su arte. Don Aurelio bosquejaba; el socio pintaba, dando el colorido, después el maestro, con los últimos importantes toques de claro oscuro terminaba la obra, y ya estaba un buen cuadro listo para la venta. Apenas concluidos dos ó tres de esos lienzos, Jaime marchaba á la capital, de donde regresaba dos días después con una talega de duros. El artista vaciaba la repleta bolsa sobre la mesa dividiendo el dinero en dos partes iguales; á veces los dividendos eran de quinientos duros, y daba su parte al socio.

Pero, maestro, Ud. debe dejarse más, porque su firma es la que vale; apenas la leen se venden los cuadros pronto y bien. Todos saben que el retrato de la **Jefa** ganó el primer premio en la última exposición...

—¡Sí, sí! ya lo sé! Por ahí conservo íntegros los tres mil duros de ese premio. Pero tú has de saber que nuestro Sistema no admite desigualdad en los repartos; tampoco quiere grandes capitalistas, pero sí quiere que cualquiera, solo, ó bien asociado, pueda, por medio de su trabajo, adquirir un capitalito muy útil en la edad senil y para poder dejar algo á los vástagos, con que vayan viviendo hasta la edad que los capacite para emprender cualquier trabajo. Anda, llézale á tu mujer esos quinientos duros, y que vaya ahorrando algo, allá para el invierno de la vida. Porque ¡llegará! ¡llegará! No hay duda de eso.

Así continuó Carmona. ¿Quién sabe hasta cuando? Hijos á pares, buenos cuadros siempre vendidos... ¿Hay dinero? ¡Venga familia! El último gran cuadro que tres años atrás pintó fue otra maravilla artística. En él figuraban todos los personajes más culminantes de nuestra historia, y como no podía retratarse á sí mismo de un modo perfecto, inventó un grupo sentado al pié de un árbol, allá, más lejos: representaba una mujer y un hombre teniendo cada uno sentado en sus rodillas, un pequeñísimo infante. Encargóle á Angelina dijese á doña Carmen que el lejano grupo se componía de Argentina, él y la pareja primogénita. Según carta que Angelina recibió de su amiga de ultramar, el cuadro hizo furor en la patria. Por varios meses llovíanle las visitas, no ciertamente á verla á ella aunque así lo manifes-

taban, sino á ver aquella obra maestra. Como tenía que nombrar las personas allí representadas, doña Carmen refería algo de las aventuras de Sorel y de la antigua Jefa, resultando esas tertulias muy interesantes. Pancho y Frasquita, aseguraban que don César, estaba tan joven como cuando emprendió el viaje á Calcuta, hacia la friolera de veintidos años. La felicidad que exhibía su rostro, no permitió al tiempo marcar su huella en él. Otro tanto opinaban de la vieja María: ni canas, ni arrugas... pues no había vejez. Corina y Adela, que ya vivían en la ciudad, estaban contentes con la afirmación de los esposos Umarán.

En el pueblo del Espíritu, se hallaban ya planteadas algunas industrias, en pequeño, porque el vecindario no era numeroso. Había molino harinero, máquina para fabricar dulce, una jabonería, dos zapaterías, dos ventas de víveres, una tienda de géneros y ropa hecha por las jóvenes europeas, una panadería y un pequeño hotel, listo para vender comida hecha á cualquiera que la encargase. Huelga decir que todos esos establecimientos funcionaban bajo el pie de igualdad que pide el régimen socialista: nada de patronos y sirvientes: ganancias ó pérdidas igualmente divididas entre los socios. No hay salarios; hay dividendos. Todas las manzanas de casas habitadas, tenían en las cuatro casas esquineras, lámparas de gas colgadas de un gancho giratorio. Cualquiera de la familia podía, de la ventana inmediata, atraer el gancho hacia sí y encender la luz sin necesidad de farolero, después lo hacía girar para ella y quedaba la lámpara en la posición conveniente. Lo que no había en el pueblo era ventas de aguardiente. El Gobernador temía más que á la peste, esa bebida que vuelve loco al más cuerdo.... Sí, se vendía allí un vinillo de mala muerte, muy idóneo para emborrachar, después del trasiego de un par de botellas, á cualquier sujeto; pero como el licor estaba por las nubes, no había quien apachugara con el gasto y apenas los más valientes compraban una botella. También se expendía mistela, ésta todavía más cara que el vino; rompopo barato, hidromiel y alguna otra sencilla toma de las que animan un poco, sin desarrollar la feísima, denigrante, embrutecedora y mortífera embriaguez. Don Alberto, muy previsor, había prohibido á las gentes que iban al puerto á vender la hulla, traer de allí ninguna clase de licores: el que los quería, que los comprase en el Espíritu, donde no faltaban de las clases antedichas. Luego, ahí estaba el excelente señor Díaz, impartiendo á diario en la escuela, los domingos en el Templo, su gran Moral. No faltaban en sus pláticas dominicales, los

ejemplos buenos que imitar, ni las malas consecuencias que resultan de seguir los torcidos senderos de la vida: allí no había amenazas, porque para alcanzar los prometidos bienes futuros, justamente, lo que necesita el hombre es portarse bien aquí abajo.

Cuanto á don Perfecto, ya tenía muchísimos discípulos. Su telescopio que, desde que llegó al pueblo, estaba colocado en pequeña torrecilla fabricada á escape por los carpinteros, servíale á maravilla para dar sus lecciones astronómicas. Ahí hacía contemplar á los alumnos la grandeza del Universo, mostrándoles las magníficas construcciones, las estrellas dobles de varios colores, la gran constelación de los perros de caza, inmensa agrupación de estrellas con núcleo central de donde arrancan las innumerables curvas líneas formadas por millares de millares de estrellas. Los canales de Marte, aunque en realidad, ese planeta es cosa pequeña comparado con las asombrosas aglomeraciones de astros que pueblan el Cielo, dábale materia para conversar con sus alumnos sobre las hipótesis sustentadas acerca de aquellos; y de paso, hacía reflexiones sobre la pequeñez del hombre y el atrevimiento de los que osan, con su mala conducta, contravenir la Ley Moral enseñada por Cristo, único verdadero intérprete de la voluntad del Gran Autor del Universo.

Esas lecciones astronómicas, impresionaban mucho á los oyentes, que se proponían portarse mañana mejor que hoy.

Hacia por lo menos tres años que el contrato con los artesanos terminó. Fué entonces cuando se dedicaron á las industrias que se plantearon en el pueblo. Casi ninguno quiso ser minero; apenas tres ó cuatro albañiles fueron á probar. En cambio, los indios sostenían la explotación. Los nativos del Espíritu aprendieron pronto á conocer la moneda y su valor para conseguir con ella muchas cosas buenas. Naturalmente, el trabajo bien remunerado se ejecuta con más gusto, y la mina rindió dividendos. Sin ella, los sembrados serían más extensos y no carecerían de nada; pero eso de que los veinte de la cuadrilla se fueran el próximo lunes al puerto, recibieran en el acto buena cantidad de dinero, que invertían en comprar bonitas ropas para ellos y familia, era un estimulante, activo sobre manera, para continuar el trabajo.

Ninguno de nuestros inmigrantes quiso volver á la Patria: no la olvidaban; escribían á sus familias y de vez en cuando les remitían algún regalillo, pero ir allá...? eso nó! Pesaban mucho las cargas del Estado: contribuciones de consumo, territoriales, de agua, de luz, etc., quintas para